

CESEDEN

LAS ESTRATEGIAS NUCLEARES EUROPEAS EN LA ENCRUCIJADA

- por J. E. Cadoux -

(De la "Revue Militaire Générale", mayo 1970.
Traducido por el Departamento de Información)



Agosto - Septiembre, 1970

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 48 - IV

Los problemas económicos, financieros y militares frente a los que se encuentra cualquier país europeo, se presentan actualmente a un nivel en el que sólo puede encontrarse solución para cada caso en particular, mediante la cooperación de los países interesados. Esta cooperación ha dado lugar a numerosas y conocidas organizaciones - EWG, EGKS - (Montan-Union), EURATOM, WEU (1) - cuya actividad obliga cada vez más a discutir - problemas para cuya superación no son suficientes los medios económicos, financieros y militares a disposición de cada país.

En cada campo tropiezan los métodos, por muy adecuados que puedan ser, con principios de índole política relacionados con la soberanía de los estados. Estos principios no pueden ser pasados por alto y su intangibilidad traza una rígida frontera a posibilidades de colaboración entre estados soberanos. Especialmente en el campo militar, sólo la unidad política entre los estados europeos occidentales, -la forma de alcanzarla es indiferente - en el fondo-, podría permitir la creación de una organización satisfactoria y racional de los medios defensivos estratégicos, es decir de las armas nucleares. La realización de una unidad política europea parece encontrarse hoy todavía lejos, pese a que sea deseada por todos. Por lo tanto, la organización común de los medios defensivos nucleares se encuentra en una situación difícil.

Todos los países europeos, menos Francia, aceptan abiertamente las ventajas del potencial disuasorio de EE.UU. Este compromiso de EE.UU. para reaccionar con armas nucleares ha perdido mucho de su credibilidad, desde que las armas nucleares soviéticas pueden alcanzar a los propios EE.UU. La actual estrategia aceptada por los miembros europeos de la NATO se ha desarrollado a partir de la estrategia norteamericana. No es la del

(1) Respectivamente: Comunidad Económica Europea, Comunidad Europea para el Carbón y el Acero, Comunidad Europea de Energía Atómica y Unión Europea Occidental.

"contragolpe masivo" de sus aliados del otro lado del Atlántico, sino la de la respuesta flexible y graduada al volumen del ataque enemigo. Según esta estrategia, EE.UU. y sus aliados intentarían mantener en la medida de lo posible el control sobre los acontecimientos, es decir, intentarían limitar la batalla a los teatros de operaciones, antes de recurrir a medidas de represalia en gran escala para una destrucción masiva.

Por el contrario, Francia ha renunciado a la posible ventaja de una protección de sus espaldas mediante las armas disuasorias norteamericanas, para permanecer siendo exclusiva dueña de todas las decisiones que pudieran afectar a su destino de manera trágica. Con un racional arsenal nuclear limitado, Francia se ha decidido por una estrategia aislada de contragolpe masivo en el caso de un ataque. Los límites de semejante política son evidentes. Francia se ha creado problemas serios al seguir esta política. Los costos del desarrollo y mantenimiento de un arsenal nuclear propio e independiente llevan a Francia a difíciles situaciones técnicas y operativas que afectan al valor disuasorio de las instalaciones defensivas realmente existentes. La falta de alternativa respecto a las posibles reacciones inquieta en la misma medida a la opinión pública y a los militares.

Sin embargo, la posición francesa en comparación con la de otros países tiene una ventaja esencial. Es consecuente y realista. EE.UU. y sus aliados de este lado del Atlántico tienen que reconocer que el valor del compromiso norteamericano pierde continuamente convicción. Pero, a falta de otra propuesta realizable y especialmente por escasez de soluciones nacionales, se contentan los aliados europeos de la NATO con el actual sistema de protección, hasta que la unidad política de Europa permita aceptar las cargas de su defensa en lo que se refiere al campo nuclear.

La realización de la unidad política de Europa está muy lejos. ¿Será entonces posible sacar de la encrucijada en que se encuentra Francia y los estados europeos occidentales, y encontrar una solución intermedia entre los estados soberanos, políticamente realizable y estratégicamente efectiva.

El problema tiene que presentarse en la siguiente forma: ¿existe posibilidad de incluir a los países europeos occidentales de una forma estable y verosímil en el sistema disuasorio estratégico de Francia e Inglaterra, los dos países europeos que poseen armas nucleares?.

Para que cada uno de ellos pueda obtener utilidad de la existencia de una capacidad disuasoria, tienen que respetarse dos condiciones contradictorias.

- La primera condición requiere que en época de paz no se llegue a reconocer a nadie el derecho a disponer de armas nucleares, pues ésto significaría una vulneración del principio de no proliferación. Toda nueva solución que llevase a una proliferación de las armas nucleares es rechazable de antemano. El poder de disposición de estas armas deben quedar exclusivamente en manos de aquellos países que las poseen actualmente, es decir, Francia e Inglaterra.

- La segunda condición está en contradicción con la primera, pues acepta que todo país debe disponer de estas armas nucleares en la medida de sus posibilidades, o dicho a la manera clásica, ha de estar autorizado para "apretar el botón de disparo con su propio dedo". La credibilidad de la disuasión en la realidad se vería extraordinariamente debilitada si en los momentos decisivos hubiese que estar pendientes de las decisiones de otros estados. Por lo demás, ningún país europeo cambiaría su actual dependencia de EE.UU. por la de un país como Francia e Inglaterra, cuyo poderío es incomparablemente inferior al de EE.UU. Por tanto y forzosamente, la nueva solución tendría que ofrecer a estos estados europeos la ventaja de un sistema disuasorio, en el que cada país fuese dueño de la utilización de sus propias armas en el momento de la decisión.

* * *

Tal solución, que es posible acudiendo a los avanzados recursos de la técnica y de la dialéctica, puede ser expuesta de una manera esquemática: en época de paz, las armas nucleares permanecerían bajo la exclusiva disposición de las potencias, que están autorizadas para su posesión según los tratados; es decir, en Europa, Francia e Inglaterra. Pero se podría -y nos estamos siempre refiriendo a tiempo de paz- desarrollar un mecanismo, sin incurrir en contradicción con el principio de la no proliferación, que permitiese otorgar a este o aquel país, mediante un sistema dado, el poder autónomo de disposición respecto al empleo de un determinado número de armas. Este sistema lo designaremos con la expresión inglesa "permissive link". El estado actual de la técnica en el campo de la telecomunicación permite, de una manera segura e instantánea, la liberación o desbloqueo y control de los mecanismos de disparo y seguridad de determinadas armas nucleares desde una central de mando situada a gran distancia. Esta central de mando o autoridad constituida dentro del marco de una alianza, garantizaría a este u aquel país europeo la posibilidad de utilización de un número limitado de armas nucleares para situaciones exactamente determinadas. Una vez conseguida esta autorización la utilización de las correspondientes armas sería exclusiva incumbencia del país que ha recibido dicha autorización. El análisis de los condicionantes que llevarían a la concesión de este poder de disposición sobre un determinado número de armas, es naturalmente muy sutil. A priori, las situaciones que justifiquen una utilización de estas armas, tienen que ser exclusivamente aquellas que amenacen de una forma clara y evidente la integridad de la soberanía de un país, obligándole a abandonar el estado de paz. Así, en época de paz, el principio de no proliferación de armas nucleares permanecería garantizado dentro del marco de la alianza, pero se sería alterado, tan pronto se reconociese que se había realizado un ataque material contra uno de sus estados miembros. El sistema sería válido para todos los países de la alianza. Esta capacidad de todos los miembros de la alianza a reaccionar en el caso de agresión contra uno de los estados miembros con una fuerza disuasoria autónoma, crearía una solidaridad firme y organizada, pero no requeriría ningún compromiso total de cada uno de los miembros respecto a los demás.

Ahora, conviene hacer algunas observaciones complementarias respecto al mecanismo expuesto, sumamente sencillo tan pronto como los problemas del traspaso de la autoridad de disposición sean resueltos de una manera técnica y sin prejuicios.

Se ve que este mecanismo afecta sólo a la disuasión de las armas nucleares. Todo el mundo comprende que las armas disuasorias no están concebidas para emplearlas realmente, sino que mediante su simple existencia deben disuadir al enemigo. Su empleo significaría precisamente que no han cumplido su cometido.

El mecanismo descrito adquiere un valor clave en la estrategia de disuasión, pero al mismo tiempo tampoco está pensado para ser disparado realmente en última instancia. También debe servir por su mera existencia para amenazar y disuadir al enemigo.

En efecto, el empleo de las armas nucleares que la alianza pone a disposición de un país cuyo territorio ha sido atacado, no es automático. El intervalo de tiempo que precede a su verdadero empleo, es decir el tiempo que transcurre hasta que las armas son puestas realmente a disposición, significa una etapa intermedia, que para el enemigo en el instante de su ataque a un país que goza de las ventajas de este mecanismo, representa una amenaza complementaria. Cuando las armas nucleares están dispuestas para su empleo, el país atacado cuenta con un potencial disuasorio de la máxima credibilidad, puesto que el empleo de las armas sólo depende de él mismo y se ha eliminado la influencia de los otros países sobre su propia decisión. O expresado de otra manera: cuando el país atacado acepta el riesgo de utilizar realmente las armas cuyo poder de utilización le ha sido otorgado, actúa sólo en su propio nombre y la aniquiladora reacción a la que se expone no alcanza a los países vecinos.

Pero si llegase a alcanzarles, desencadenaría un nuevo e idéntico proceso de autorización de más armas a favor de los países afectados para una destrucción masiva, lo que en el fondo significa para el atacante una amenaza complementaria por el desencadenamiento automático de una reacción más fuerte. El proceso desencadenado por este mecanismo da lugar a una escalada real de la disuasión, puesto que todo país atacado dispone de sus propias armas de represalia y por ello crea una situación sumamente amenazadora para el agresor.

En este mecanismo la idea de velocidad de reacción no es de carácter definitivo, ya que las armas de este sistema están proyectadas para una destrucción masiva y no para una batalla en el teatro de la guerra. Las armas de destrucción masiva no tienen que ser utilizadas inmediatamente para cumplir su cometido disuasorio. Para que cumplan esta misión, su empleo sólo puede depender de la voluntad del país amenazado. Y éste es el caso en este sistema. Naturalmente, con este mecanismo las armas previstas para una destrucción masiva en el caso de un ataque por sorpresa enemigo cuyo objetivo fuese precisamente la destrucción de aquellas no podrían ser aniquiladas en su totalidad.

El mecanismo propuesto parece estar en condiciones de colocar a disposición de cada país que participe en él una capacidad de disuasión, al mismo tiempo que se cumplen los dos condicionantes mencionados anteriormente.

Ahora tenemos que investigar por separado las situaciones que puedan provocar esa autorización a cada país para disponer de armas de disuasión.

La dificultad principal de todos los mecanismos de disuasión está en la determinación del "umbral de desencadenamiento" para la reacción. Este concepto adquiere un valor clave en todo sistema disuasorio estratégico. Dicho umbral determina en un mecanismo de disuasión los dos elementos más importantes: su credibilidad y su estabilidad. Si este umbral está situado demasiado abajo, será atravesado con demasiada ligereza. A un ataque débil de tipo secundario le correspondería entonces un contra golpe masivo. Seméjante umbral caracteriza un sistema de disuasión inestable pero de gran credibilidad; efectivo, pero demasiado peligroso. Cuando el umbral es puesto demasiado alto, surge un sistema de disuasión estable pero poco digno de crédito, ya que por debajo de dicho límite son posibles numerosas agresiones. En este caso se disminuyen para el enemigo los peligros de una respuesta masiva.

Vemos pues que la fijación del valor del umbral, tanto para uno mismo como para el enemigo, determina en el fondo la estabilidad y credibilidad de un sistema de disuasión. El nuevo mecanismo propuesto ofrece una ventaja especial que sólo es característica suya: la dificultad de determinar el "umbral del desencadenamiento" se hace menor al dividir la acción de desencadenamiento en dos fases: en la primera fase se reconoce realmente la existencia de una agresión material, con las características que realmente debe reunir y con todos los inevitables factores de inseguridad. Pero un error sobre el nivel de escalada, que podría conducir prematuramente a un primer escalón de reacción, no desencadenaría la catástrofe todavía, pues el otorgamiento de las armas no significa su empleo automático, ya que éste depende de la iniciativa del país atacado, en una segunda fase. El mecanismo propuesto actúa por lo tanto en la práctica con carácter matizador y permite un cierto control respecto a una última contención del enemigo frente a una decisión tremenda. Por lo tanto, este mecanismo es estable.

* * *

Las estrategias de disuasión suelen descuidar un aspecto sumamente importante: las relaciones entre los posibles enemigos antes de cada crisis; o en otras palabras, los mútuos efectos de la estabilidad de los modelos de disuasión. En oposición con la opinión doctrinal de numerosos estrategas, el mecanismo de una estrategia de disuasión no puede aceptar la menor inseguridad sobre las condiciones de empleo. Una verdadera estrategia de disuasión debiera contener un empleo automático, cuyas condiciones sean conocidas por el enemigo. Una estrategia de disuasión que permita la menor duda sobre el volumen y las condiciones de empleo de los medios puestos a su disposición, puede provocar únicamente que el enemigo aumente y diversifique los suyos, o que inclusive ante el temor de que pudiera ser superado en una fase posterior, se lance a un ataque preventivo.

Si desde luego es de importancia básica que una estrategia de disuasión realmente disuada, no es menos importante que estase estable, puesto que su sentido y su justificación de existir está precisamente en no tener que ser aplicada jamás. Su mecanismo no puede desencadenarse ni por error ni por una mala interpretación. Por lo tanto, una verdadera estrategia de disuasión debe ser concertada con el enemigo.

Esto es una realidad que, debido a la fuerza de los acontecimientos, se ha llevado a cabo entre rusos y norteamericanos desde que ambos han alcanzado un equilibrio en sus fuerzas nucleares. La instalación del teléfono rojo fue sólo la consecuencia lógica de numerosas consultas oficiosas entre ambos rivales, ya que cada uno de ellos temía que el mecanismo del otro pudiera desencadenarse por error o casualidad. Las actuales conversaciones sobre una limitación de armas estratégicas son una continuación de estas consultas, pero ya a nivel oficial. Estas conferencias representan el principio de una auténtica estrategia concertada de disuasión entre Rusia y EE.UU.

El nuevo mecanismo propuesto trata de afianzar con toda seguridad la estabilidad de la disuasión posible a los distintos países europeos. La instalación de este mecanismo tiene que evitar de manera especial toda apariencia de provocación y por lo tanto debería planificarse en estrecha consulta con el enemigo. Actualmente resulta impensable el querer constituir un dispositivo de semejantes características sin contar con aquellos a quienes debe disuadir. El tremendo temor que desencadenó el embrión del poderío nuclear chino, cuya naturaleza, extensión, mecanismos, proyectos y objetivos son desconocidos, ponen de relieve hasta que grado de "inestabilidad" puede llevar la aparición de una potencia nuclear, sobre la cual existe un espeso velo de inseguridad.

* * *

Los estrategias de la disuasión son según su naturaleza verdaderos dialécticos, en el sentido filosófico de la palabra. En realidad los acontecimientos, para los que ellos elaboran mecanismos disuasorios lógicos, son tenidos en cuenta únicamente como posibles. Toda realización de estos acontecimientos es completamente extraño a estos mecanismos y por lo tanto no les concierne. Es éste un aspecto que muchos estrategias no quieren reconocer porque preferirían lograr ambos niveles: el dialéctico (nivel de la doctrina disuasoria) y también el real (el verdadero nivel de las explosiones nucleares reales). El auténtico estrategia de la disuasión es un dialéctico, que opone sus razones a las del enemigo con el único objeto de influir en el pensamiento del adversario. A él no le interesan los efectos reales de estas armas para utilizarlas en los campos de batalla, sino sólo los efectos que éstas, su puesta realidad, tienen tanto sobre su propio pensamiento como sobre el del contrario. Esto nos muestra claramente que el valor de un sistema de disuasión no aumenta porque se exprese enfáticamente el propósito de utilizar realmente estas armas. La fuerza persuasiva de esta afirmación tiene un mero valor dialéctico y no permite representar realmente

la voluntad que en instante de las decisiones dramáticas pueda desencadenar la acción. Vista en conjunto, una estrategia disuasoria sólo tiene el valor de su mecanismo dialéctico y nada más. El propio Hegel, para resumir los fundamentos de su pensamiento dialéctico, opinaba que cientos de valles reales no tienen más valor que cientos de valles imaginables. De manera semejante, afirman los verdaderos estrategas de la disuasión, que en cien explosiones nucleares reales no hay más capacidad que en cien posibles de las que ellos utilizan meramente en su cálculo. Por esta razón los verdaderos estrategas de la disuasión no se preocupan de las explosiones nucleares reales y construyen mecanismos que en gran parte no tienen en cuenta las circunstancias forzosas y la verdadera realidad. Incluso los elementos técnicos, sobre los que apoyan sus mecanismos disuasorios, toman un aspecto sumamente subjetivo al faltar el intento de adecuarlos a las dimensiones de la realidad, para los que han sido concebidos. ¿No es actualmente y en gran proporción muy subjetiva la representación que cada uno de los adversarios se hace de la posibilidad de penetrar en el territorio enemigo con uno de sus aviones o de sus armas reelegidas? Y a su vez, lo que cada uno de ellos opina, sumamente importante, sobre la opinión del enemigo respecto al mismo problema es todavía más subjetivo.

Clausewitz había comprobado ya que la extensión de un conflicto se realiza automáticamente hasta sus últimas consecuencias, si la naturaleza no frena el desarrollo de los acontecimientos. Las estrategias de la disuasión son meros modelos de conflictos, para los que una inmediata escalada y un incremento en la violencia hasta el máximo nivel constituyen la pauta. Las armas nucleares apocalípticas sólo encuentran en la dialéctica de la disuasión una justificación de existencia "razonable", es decir el marco, en el que su sola posible forma de acción, la psicología, puede ser puesta al servicio de una política racional.

Esto pudiera inducir a algunos estrategas de la disuasión a dejarse llevar de la magia de la dialéctica y a desear con futura realidad sólo aquello que se ha organizado como posible en el mecanismo de sus reflexiones. Sin embargo puesto que la lógica y especialmente la psicología de la disuasión, llevan cada vez más hacia la programación de acontecimientos destructivos difíciles de matizar, que alcanzaría pronto un estadio en que las únicas realidades futuras posibles serían este apocalipsis cuidadosamente programado. Puesto que de esta forma se romperían todos los puentes que unen con todas las demás realidades posibles y aceptables, el efecto disuasorio alcanzaría con ello su valor máximo, pero al mismo tiempo, podría contener el riesgo de una catástrofe definitiva. Junto a las realidades consideradas como "no aceptables" del mecanismo de disuasión, tiene que haber otras "aceptables".

Estas sólo pueden ser proporcionadas por las estrategias convencionales, cuyos medios están previstos para el verdadero empleo en los campos de batalla. El empleo de estos medios no sería un desesperado suicidio, sino un mero conflicto armado, de la forma en que toda acción militar debe estar al servicio de una voluntad política razonable. Las estrategias de lo imaginario, es decir las estrategias de la disuasión, tienen que recibir un contrapeso procedente de las estrategias de lo real. Ambas forman un todo. Estas estrate

gias de lo real se apoyan naturalmente en las llamadas armas convencionales, incluyendo quizá las armas atómicas tácticas. Deben permitir a los dirigentes de la guerra conservar su control sobre los acontecimientos y hacer posibles reflexiones y negociaciones durante el transcurso del acontecimiento bélico. Las estrategias de lo real obtendrán ventajas para sus propias operaciones de la terrible carga proporcionada por las estrategias de la disuasión. Ambas estrategias se apoyan mutuamente. Para Europa, el convertir en realidad este mútuo apoyo entre las dos estrategias requeriría sin duda un importante esfuerzo intelectual y financiero, especialmente si se trata de equilibrarlos entre sí y no sacrificar la una a la otra. Pero si ambas estrategias se ponen de verdad al servicio de todos, las cargas equitativamente distribuidas se harán mucho más llevaderas. En todo caso, se obtendría en Europa una nueva concordia sobre un campo vital para nuestro futuro, con un que hacer realmente constructivo que serviría de punto de partida para sacarnos del actual dilema intelectual y técnico.

- - - - -